

Fiesta de San Pedro Bautista

Parroquia San Pedro Bautista, jueves 6 de febrero de 2014

Homilía de Mons. Jesús García Burillo, Obispo de Ávila

Gál 2, 19-20; Sal 125; Mt 28, 16-20

Saludo: al Párroco, a los sacerdotes, a toda la comunidad reunida en el día de fiesta de nuestro patrono, en la etapa de renovación que actualmente vive la parroquia.

S. Pedro Bautista, un gran santo hecho de nuestra misma madera

¿Cómo alcanzó la cima de la santidad? Sigamos sus pasos:

De una familia cristiana

Pedro Blázquez (Bautista) nació en San Esteban del Valle en 1542. Su vocación religiosa y misionera nace en una familia de hondas raíces cristianas; sus padres, Pedro y María, transmitieron sólidamente la fe y la piedad a sus cinco hijos: Pedro y sus hermanas María, Inés, Francisca y Catalina. Desde muy niño, Pedro daba muestras de su profunda religiosidad, ayudaba en misa, era muy devoto de la Virgen María. Se podría decir que Pedro Bautista fundamentó su fe y fue naciendo en él la vocación gracias al testimonio de vida de sus padres. De hecho, de la familia florecieron otras vocaciones más: uno de los dos hijos de su hermana María, Juan Martín, fue sacerdote; y otra hermana del santo, Francisca, vivió soltera y dedicada enteramente a la santificación de su alma y al ejercicio de las virtudes cristianas, murió en olor de santidad.

Siendo un buen estudiante

Como estudiante recorrió San Esteban, Mombeltrán, Oropesa y Ávila (donde estudió música y acolitaba en la Catedral). Estudió filosofía y teología en Salamanca. Cuando volvió a su pueblo y tras un discernimiento se sintió llamado al sacerdocio, recibió las órdenes menores y el diaconado de manos de Don Álvaro de Mendoza, Obispo de Ávila, el mismo que acogió el nuevo convento de San José y ayudó a la Santa en toda la Reforma. En este camino vocacional se sentía atraído especialmente por la figura de San Francisco de Asís, por lo cual decidió ingresar a la reciente

Orden Franciscana reformada por Pedro de Alcántara. Y, aun con la resistencia de su familia, se fue secretamente al convento de Arenas.

Con espíritu misionero: salir de sí mismo y acudir a las periferias

Allí se empapó del espíritu de san Francisco: de pobreza, austeridad y sencillez, y sobre todo del espíritu misionero. Después del noviciado hizo sus votos la fiesta de san Juan Bautista, del cual tomó el nombre religioso: Fray Pedro Bautista. Los superiores lo dedicaron a la predicación y al confesionario, y predicó por varios pueblos de la comarca con gran fervor apostólico. Este espíritu misionero lo llevó hasta Méjico (llamado Nueva España) y Manila (Filipinas). Allí se entregó por entero a la misión. Sin conocer apenas la lengua, entró en contacto con los ambientes más pobres y necesitados, visitaba y curaba los enfermos, denunciaba las injusticias y defendía los derechos de los sin voz; le llamaban “el estropajo de los leprosos”. Así convirtieron a muchos a la fe católica, levantaron iglesias y hospitales. Y, dadas sus cualidades personales, fue nombrado embajador de Felipe II ante el emperador del Japón. Pero surgieron en el país discusiones religiosas y políticas que le obligaron a interrumpir su actividad apostólica. Fue apresado y, entre escarnios del pueblo que le había acogido, Pedro Bautista fue trasladado a Nagasaki junto con sus hermanos franciscanos, cinco religiosos y siete terciarios, con el jesuita japonés Pablo Miki y dos catequistas. Allí padeció el martirio, siendo crucificado y alanceado el 5 de febrero de 1597. Fue canonizado por Pío IX en la fiesta de Pentecostés de 1862.

Dos rasgos que marcaron su espíritu misionero: pobreza y fraternidad

Primero: pobre con los pobres. Como auténtico discípulo aprendió de sus maestros: del Maestro por excelencia que es Jesucristo y de san Francisco: haciéndose pobre entre los pobres, despojándose de todo y saliendo al encuentro de los excluidos y marginados. La mejor forma de predicar para el misionero es su propia vida, su testimonio, su coherencia con la fe... no le hacían falta palabras, su austeridad de vida, su descalcez, su delicadeza en la cura de los leprosos, su amabilidad y buen trato, su respeto por el derecho de los excluidos, etc. Todo ello era su modo de anunciar a Jesucristo y su Reino de paz y de justicia.

¿Cómo acontece la transformación interior hasta hacerse “pobre con los pobres”, “todo a todos”? Hemos escuchado a san Pablo decir: «estoy crucificado con Cristo: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 19). Quiere decir: desde nuestro bautismo, Cristo pobre vive en nuestro interior, invitándonos a vivir como Él. A veces podemos pensar que la cruz de Cristo es algo exclusivo de él, que no es para nosotros. Sin embargo san Pablo nos anima a pensar que la cruz de Cristo es propia de todos los cristianos, que forma parte de nuestra vida y de nuestra misión. El camino de la pobreza, del despojo, de la cruz tiene mucho que ver con nuestra misión de tocar la miseria del ser humano. «A imitación de nuestro Maestro -nos dice Papa Francisco-, los cristianos estamos llamados a mirar las miserias de los hermanos, a tocarlas, a hacernos cargo de ellas y a realizar obras concretas a fin de aliviarlas» (*Mensaje para la cuaresma 2014*).

Esta misma semana, con la reunión de consejo de pastoral, la Parroquia ha comenzado a prepararse para la **misión diocesana** (de la que ya habéis oído hablar en otras ocasiones, como en el retiro de adviento pasado). Es una hermosa y apasionante tarea con la que esperamos renovar nuestro espíritu, reavivar el corazón mismo de nuestra vida cristiana, de las parroquias. No tengáis miedo, Dios os dará la fuerza necesaria y su sabiduría para que seáis anunciadores alegres del evangelio; pensad en las primeras comunidades cristianas y en el mismo san Pedro Bautista, ¿acaso fue fácil para ellos anunciar a Jesucristo? A casi todos les costó la vida, aun así fueron fuertes y confiaron plenamente en Aquél que los ha enviado: «Id por todo el mundo y haced discípulos» (Mt 28, 18). Confiad en las promesas de Jesús -como seguramente ellos confiaron-: «No os preocupéis qué vais a decir... porque no seréis vosotros los que habléis sino el Espíritu Santo» (Mt 13, 11); y también: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días» (Mt 28, 20).

Segundo rasgo: la fraternidad. La fraternidad es un aspecto del espíritu de pobreza: «lo tenían todo en común» -dice el libro de los Hechos sobre la comunidad primitiva-. La novedad introducida por Pedro Bautista y sus hermanos franciscanos causó profunda impresión en el ámbito japonés, no por su misión diplomática, sino porque mostraban un talante propio: no sólo lavaban y curaban leprosos y hasta besaban sus heridas, andaban descalzos y vivían de limosna, sino sobre todo por la vida fraterna en comunidad. Esto último, la vida comunitaria y de fraternidad, es nuestro

punto de referencia para una parroquia viva. Construir parroquia no sólo vale para que vivamos muy a gusto con los demás, sino también para que la fraternidad sea un foco de atracción para los demás. «Mirad cómo se aman», decían de los primeros cristianos (Tertuliano, *Apologeticum*, XXXIX) y lo decían seguramente de aquella comunidad en la que vivía san Pedro Bautista.

El Papa Francisco, animándonos y llamándonos explícitamente a la misión, nos habla de la comunidad parroquial como ámbito en el que crecemos en amor a Dios y al prójimo, y dice además: «Si es capaz de reformarse y adaptarse continuamente, seguirá siendo *la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas* (CFL 26). Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos. La parroquia es presencia eclesial, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero» (EG 28).

En conclusión

La fiesta de san Pedro Bautista, titular y patrono de la parroquia, debe servirnos para crear lazos de fraternidad y de comunión, para sentirnos unidos no sólo por el hecho de ser bautizados dentro de un territorio determinado, sino de unirnos en la apasionante tarea de la evangelización, en la alegría de vivir y transmitir el evangelio y en la energía para superar todo tipo de dificultades. Por eso no es descabellado soñar y proyectar la **construcción del templo**, porque el templo físico y visible es el signo evidente y manifiesto de la presencia de Cristo en el corazón de este barrio y signo de vida fraterna, porque atrae, aglutina, nos brinda el espacio necesario para la reunión de la asamblea. Y el centro de toda nuestra vida fraterna es Jesús, que se entrega en el pan y en el vino. Él se parte, se rompe para darnos a nosotros el alimento que nos trae la vida eterna. Amén.